

CAPITULO XIV.

LA POBRE JUNTA.

En otra leyenda dijimos cómo el Dr. Cos que servía uno de los mas humildes curatos de Zacatecas, había sido envuelto en los sucesos públicos, cuando menos se lo figuraba, y detenido en Querétaro á su paso para México, á donde lo habia confinado bajo su palabra el arbitrario realista D. Félix Calleja. Agobiado el Doctor por el hambre que empezaba á sufrir, abandonado en aquella ciudad á sus propios recursos, que no los tenia, y bajo las penas con que le amagaba el cruel García Rebollo, si daba un solo paso fuera de camino, tuvo la ocurrencia de escribir una fundada exposición á Venegas, el cual en vista de ella decretó: "Déjese á Cos en libertad de venir á presentarse al Virey tan luego como pise México."

Vió el cielo abierto el ex-cura en cuanto García

Rebollo le enseñó la real órden y haciéndose de una cabalgadura, de un mozo y de unos cuantos pesos, se puso en marcha cuanto antes para la capital.

Encontrábase el Virey muy entretenido en el teatro viendo representar el coloquio de "San Nicodemus," cuando á su espalda oyó unos golpecitos que daban á la puerta del palco.

—Ve quién es, dijo al oficial mas próximo de los que tenia cuidándole las espaldas.

Apenas la puerta se abrió, cuando vieron todos que se precipitaba en el interior del palco un hombre de agradable presencia con trazas de eclesiástico.

—Soy el Dr. Cos, dijo doblando una rodilla delante del Virey y vengo á cumplir con la órden superior que me previno, que tan luego como llegara á México me presentara ante V. E.

El Virey se sonrió, y como no queria perder nada de lo que estaba pasando en la escena, que tenia para él gran interes, se apresuró á decir al ex-cura:

—Vaya mañana su señoría á Palacio y allí anunciese.

Cos se retiró haciendo muchas cortesías, y cuando se vió en la calle, se rió con malicia diciendo para su capote:

—Ya tengo ganado al tonto este, y si no consigo que remedie mis necesidades, al menos podré inspirarle alguna confianza para que ya no me sigan tratando como á conspirador.

Al día siguiente fué tambien puntual y el Virey

pareció quedar satisfecho de sus explicaciones; pero como ya Calleja, García Rebollo y demás realistas le habían hecho mala sangre con respecto al ex-cura, terminó aquella conferencia diciéndole:

—Son las once de la mañana, todos los días á la misma hora, vendrá vd. á presentarse á mi secretario.

—¡Vaya un antojo! dijo Cos por lo bajo.

Pero el Virey era el Virey, la situación del ex-cura era delicada, y tuvo que someterse á tan extraña disposición sin murmurar palabra.

Durante quince días no hubo ninguna novedad pero el diez y seis, al volver el buen D. José María á su casa, que era un cuartucho muy pobre en una casa de vecindad, se encontró con un pliego cerrado que tenía en la cre encarnado impresas las armas del Virey.

—Esto es muy bueno ó muy malo, murmuró, y dejó pasar una buena media hora antes de resolverse á romper la cerradura laerada del pliego.

Cerró por fin los ojos y ¡zas! la rompió.

El Gobierno disponía que el Dr. Cos saliera inmediatamente á encargarse de nuevo de su curato de Zacatecas.

—¡Diablo! ¡diablo! exclamó el que volvía á ser cura, cuya exclamación se le salió por lo mucho que le impresionó la cosa, á pesar de ser muy buen cristiano, ¡diablo! ¡diablo! ¿y con qué recursos me voy? ¿y cuántas veces me ahorcarán en el camino antes de que llegue?

Cogió un papel indignado y escribió una agria re-

presentación al Virey que él mismo se encargó de llevar á la Secretaría, la cual representación fué calificada en su tiempo de muy insolente.

Después de dado aquel paso, ya no tenía remedio. O esperar allí las consecuencias ó salir fugitivo. El Dr. Cos eligió el segundo extremo y en la tarde misma se proporcionó una mula y salió solo al camino.

—Lo que importa, decía cuando iba trotando, es ponerme fuera del alcance de estos brutos y después veremos.

Y así iba al día siguiente cabizbajo, por los primeros senderos que veía abiertos delante de sí con dirección al Interior, cuando al declinar la tarde oyó un grito feroz acompañado de estas palabras:

—Alto, alto! ¿quién vive?

El cura sin desconcertarse mucho porque era valiente, contestó con voz dulce:

—Soy gente de paz, soy eclesiástico.

—¿Quién vive? le salieron á preguntar tres hombres que acercaron á la carrera sus caballos, poniéndole á la vez los arcabuces en el pecho.

—Pues ¿quién ha de vivir? respondió luego que vió la catadura de sus asaltantes, ¡la independencia!

—Marche adelante, le dijeron.

Y en seguida lo llevaron á una ranchería próxima en donde se encontraba de paso con sus chusmas el cura Correa, que era uno de los insurgentes más audaces de cuantos pululaban con sus guerrillas por los alrededores de México.

Tuvo gusto en encontrarse con uno de su clase y dió cuerda delante de él á todas sus expansiones contra el Virey y sus gentes; pero el cura Correa que era desconfiado, y que no podia creer que tan inocentemente viniera por aquellos caminos un compañero sin el beneplácito de los realistas, le dijo á la mañana siguiente con voz un poco destemplada:

—Allá la Junta de Zitácuaro que es la soberana, dispondrá sobre la persona de vd. lo que crea conveniente. Una partida de veinte hombres con un oficial de mi confianza está destinada á llevarlo hasta entregarlo sano y salvo al general Rayon.

—Vaya! pues, ya estará de Dios que yo sea el enemigo de todos, murmuró el cura zacatecano, y se puso en medio de la escolta con las manos bien amarradas, permitiéndosele por su carácter que fuera montado en su misma mula.

Y por una rarísima casualidad no se encontraron en la larga travesía con ninguna tropa realista que los atacara, y sí con algunos insurgentes que solian hacerles fuego principalmente por la noche, pues en aquellos tiempos parecia lo mejor tirar contra todo el mundo.

Llegaron despues de mas de veinte jornadas á la ciudad imperial de Zitácuaro, precisamente en los momentos en que se hacian las obras de defensa para resistir el ataque de Calleja, esto es, en los últimos días del año de 1811.

Por supuesto que todos los individuos de la Junta

soberana vieron de reojo al cura Cos, que no sabia ya por qué partido decidirse.

—Es un espía del Virey! dijo alguno de ellos.

Y todos los demas se apresuraron á repetir:

—Es un espía del Virey!

Y en poco estuvo para que no dieran desde luego el decreto mandando que se le ahorcara.

No se le ahorcó; y como fruto de todos los golpes que el pobre cura habia recibido, hizo en la noche sus reflexiones y dijo al dia siguiente á D. Ignacio Rayon:

—Adopto con resolucion la causa de la independencia. Tengo algun valor, tengo algunos estudios, conozco un poco á los hombres y al país, y cuanto soy y cuanto valgo lo pongo de una vez á las órdenes de la Junta Soberana.

—Me agrada que haya tomado vd. esa determinacion, le contestó el presidente perpetuo de la Junta, y aun sin el parecer de mis compañeros voy á señalar á vd. desde luego su servicio.

—¿Cuál?

—Levante vd. un regimiento.

El cura se rascó la oreja izquierda, pero contestó con mas y mas resolucion:

—Sí, levantaré un regimiento.

Despues de haberse puesto de pié y cuando ya se despedia, agregó con voz solemne:

—Sí, señor excelentísimo, levantaré un regimiento que llevará por nombre el «Regimiento de la Muerte.»

Rayon se sonrió con cierta burla, pero el cura le cumplió su palabra, venciendo las mil y una dificultades con que tropezó para venir á organizar, y esto en muy pocos dias, su regimiento de *La Muerte*.

Como hombre superior que era, comenzó á hacerse lugar entre los de la Junta y el día 1.º de Enero al avistarse ya Calleja con su gran ejército, fué y se introdujo al alojamiento de los dos hermanos Rayon y les dijo:

—¿Piensan vdes. resistir aquí á los realistas?

—Es determinacion tomada, contestó D. Ignacio.

—Muy á pesar mio que he aconsejado lo contrario, dijo por su parte D. Ramon.

—Me alegro que haya otra persona de mi parecer, continuó diciendo con mas atrevimiento el Dr., esta plaza es indefendible contra tropas que la ataquen en regla.

—¿Por qué? le preguntó D. Ignacio.

—Porque está dominada por todos lados. Los fuertes que están á nuestra izquierda defendidos por lo mejor de nuestra artillería, no serán atacados por el frente, para qué si pueden ser cogidos por la espalda?

—¿Cómo?

—Muy bien: Calleja no se meterá por donde nosotros queremos que se meta, sino por los puntos que no están defendidos ni pueden defenderse, y son todos los que están á la espalda de nuestras posiciones.

Rayon se quedó un momento pensativo y contestó:

—Ya había pensado en ello.

—Entonces ¿por qué no ponemos en salvo los principales elementos y sobre todo algunos cañones?

—Porque ya no es tiempo, contestó el jefe de la Junta. En primer lugar ya Calleja ha comenzado á atacarnos en estos momentos. (Estaban oyéndose algunos disparos de cañon.) Y en segundo lugar, porque toda nuestra gente está en la creencia de que la plaza es intomable. Desde el momento en que nosotros nos propusiéramos abandonar la ciudad se nos trataría hasta como traidores.

—En ese caso paciencia y barajar! exclamó el Dr. Cos.

—Ahora vamos á hacer lo que podamos para defendernos de Calleja.

—Podremos poco, murmuró el Dr. sumiendo los hombros, y agregó cuando iba trasponiendo el umbral de la sala: Mejor era pelear con quinientos hombres bien disciplinados contra los ocho mil de Calleja, que con esta muchedumbre indisciplinada que no sirve mas que para aumentar la confusion y entorpecer los movimientos.

Dos horas despues el doctor Cos, que tenia el semblante mas pacífico del mundo, desembocó por un ángulo de la plaza á la cabeza de su regimiento, gritando al pasar por las casas consistoriales con todos sus pulmones:

—¡Aquí va la Muerte!

—¡Viva el cornl. Cos! le respondieron sus soldados.

Y se fué con aquella gente, no muy bien montada, á encontrar á Calleja y sus exploradores que andaban haciendo reconocimientos como á unas tres millas de distancia de la poblacion que era en donde estaban las líneas mas avanzadas.

El día 1.^o de Enero de 1812 se pasó en cañoneos y pequeñas escaramuzas.

Calleja, que era hábil militar, comprendió desde luego la mala posición de los in-urgentes y el modo fácil de destruir la importancia de sus baterías dominándolas por las alturas que tenían á la retaguardia sin que pudieran hacer el menor daño á las columnas que por allí les destacara. Es cierto que Zitácuaro estaba rodeado de barrancas y fosos profundos y que principalmente los dos caminos, el de los Laureles y el de San Mateo, parecían estar muy bien defendidos, pero no tenían entonces suficiente malicia para prever que un jefe experimentado no los atacaría de frente sino que buscaría la manera de flanquearlos, que fué lo que dispuso Calleja con su pericia acostumbrada.

A García Conde le hizo salir por la noche del día primero dándole orden para que volteara la posición, debiendo encontrarse al amanecer sobre las baterías que estaban en las laldas de los cerros, y que no hiciera ningún movimiento sino hasta que rompieran los fuegos de cañon las columnas que iban á simular un ataque por el frente. García Conde llevó consigo unos tres mil hombres de las tres armas, encontrándose allí los cuerpos de ejército mejor organizados.

El mismo Calleja no tuvo que esponerse mucho para buscar una buena situación á sus tropas, pues que atravesando el monte en dirección de San Juan el Viejo, llegó sin novedad á las lomas y estableció allí tres baterías de obuses, cañones de á 8 y culebrinas, con que apagó los fuegos bastante mal dirigidos de los cañones insurgentes.

A las once de la mañana, estando ya todas las columnas de ataque en sus puntos, se formalizó el combate, á las doce del día se lanzaron las columnas al asalto y á las dos de la tarde se habían cumplido las predicciones del Dr. Cos: esto es, la plaza había sido literalmente ocupada por los españoles, sin que de nada les hubieran servido á los insurgentes ni sus fosos ni contra fosos ni sus cuarenta piezas de artillería. El mal estaba en que Zitácuaro no podía ser plaza defendible estando dominada por alturas que no podían ser defendidas en toda su gran extensión y que podían ser flanqueadas como lo fueron por varios lados, sin el menor peligro.

En la plaza no había en realidad mas que ochocientos fusiles manejados por hombres que habían servido en las milicias, pero en las azoteas y cerros había muchos indios honderos y estos hicieron algún daño á los españoles. Estos tampoco hicieron muchos muertos en el combate y el mayor número de los últimos consistió en el de los ahogados que buscaron su salvacion echándose á los fosos que estaban llenos de agua.

Por supuesto que el ejército insurgente sostenido

por Rayon con tantos esfuerzos, concluyó allí del todo, no saliendo ni una arma de fuego de las que había dentro del recinto fortificado, y dispersándose los honderos en todas direcciones, sin ir cinco reunidos por un solo punto. De la misma manera, la Junta Soberana se dispersó por varias direcciones, perdiendo un ojo en la refriega el hermano de D. Ignacio Rayon. Todos temían, como sucede siempre, que Calleja mandara algunos de sus regimientos bien montados en pos de los fugitivos, y en efecto, los hizo seguir por todos lados, yendo por donde suponía que iba el mayor número, el coronel marqués de Guadalupe con sus dos escuadrones de tamarindos, cuando de repente tuvo que hacer alto sintiéndose atacado con ímpetu por un pelotón de caballería insurgente. Los fugitivos tomaron ánimo y rodearon al marqués, que á duras penas pudo escapar salvando algo de su fuerza para regresar á Zitácuaro.

—¡Viva Rafael Fuentes! ¡viva el teniente coronel Fuentes! gritaron los de la caballería insurgente que acababa de aparecer á media legua de Zitácuaro.

—A mí la Junta! gritó el jóven varias veces y ordenó que se buscara por todos lados á los miembros de la Junta para tomar el camino de Tlalchapa.

A poco empezaron á reunírsele. Cuando llegó Rayon le entregó la carta de Morelos.

—¡Ay jóven! le dijo el general despues de dar una ojeada á la carta y estrechando la mano al oficial si no estuviera aun por allá en el Sur el ejército de Morelos, ya habria acabado aquí la revolucion! Gracias.

CAPITULO XV.

—
¡UN HÉROE!

Mientras el teniente coronel Rafael Fuentes escoltaba á la Junta de Zitácuaro y á algunos de los dispersos que en el camino fueron incorporándose muy desmoralizados, entre ellos el jefe y algunos cuantos ginetes del famoso Regimiento de «La Muerte», Calleja, señor absoluto de la plaza vencida, comenzó á dictar sus feroces disposiciones.

La primera fué mandar al patíbulo al subdelegado en compañía de otros 18 prisioneros, cuya ejecución se verificó al día siguiente del triunfo sin ninguna fórmula.

El cura y demas eclesiásticos, que se habian quedado porque no se consideraban culpables, fueron encadenados y conducidos á Valladolid á disposición del Obispo Abad y Queipo para que á su sabor los castigase por el delito que tuvieran ó fuera de suponerseles.